



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 1.º de Setiembre de 1882

Núm. 93

SUMARIO

I. La murmuración. — II. Las dos niñas. — III. Las dos grandezas. — IV. Un consejo. — V. Explicación del grabado. — VI. La voz de las criaturas. — VII. La felicidad del trabajo. — VIII. Antiguo Testamento. — IX. Pensamientos.

LA MURMURACIÓN

No es mi propósito dirigiros cargos ni inferiros ofensa por el feo vicio de la murmuración, sino el de daros un consejo, amables lectoras, consejo que puede redundar en beneficio de la salud espiritual y de la salud física de vuestra familia.

Esto es siempre estimable.

Cuando el consejo de las personas experimentadas se encamina á moralizar el corazón humano, no sólo no debe excusarse, sino que debe pedirse con interés.

Por eso espero alcanzar vuestra benevolencia al hacer algunas consideraciones sobre el repugnante vicio, sobre la fea costumbre que todos conocemos con el nombre de murmuración.

Y no es sólo un vicio feo entregarse á esa mala costumbre, es, queridas lectoras, una acción pecaminosa y penable, á las veces, por las leyes humanas, según la gradación ó importancia de los hechos mismos.

Encarna, ciertamente, escaso interés la murmuración, cuando en su primera escala, en su primera gradación, se limita á referir jovialmente una falta superficial, frívola, del prójimo; cuando la falta no se oponga mediata ni inmediatamente á las leyes humanas y divinas; es decir, cuando no afecte á la moral del individuo objeto de la murmuración.

Pero es pecaminosa la gradación segunda de este vicio, cuando presenta maliciosamente á su semejante, ante el concepto público, como un ser desnudo de virtud y de decoro; y es una acción criminosa la tercera gradación que exhibe al prójimo, á los ojos de los demás, como si fuera un ser abyecto, dominado por pasiones impuras, de esas que tienen señalada una pena infamante en todos los códigos y que están siempre en repulsión con la razón y el buen sentido; con Dios y con la sociedad.

Yo bien sé, discretas niñas y madres virtuo-

sas, que si alguna vez habéis incurrido en el desliz de la murmuración, no habréis rebasado la línea que demarca el límite de la primera gradación; que la inteligencia, por un lado, y el sentimiento por el otro, ó lo que es igual, la educación que adquiristeis en la aurora de vuestra niñez, es siempre un dique poderoso contra el instinto del mal, que son un valladar inexpugnable contra las instigaciones de ese vicio, la instrucción y la educación.

Y aquí entra el consejo.

Reparad conmigo, trayendo á la memoria ejemplos de esos que todas conocéis en el trato social, y ved cuán fácilmente se pasa de la primera á la segunda gradación, por grande que sea la voluntad de resistir.

Para murmurar, es preciso que se reúnan lo menos dos personas; una que dice y otra que escucha; y es por extremo difícil, es imposible, mejor dicho, que el que escucha pueda contener la voluntad del que dice, porque no es la suya propia, sin que en esta conjunción, sin que en este acto deje por eso de ser cómplice de la murmuración.

Pues si el que escucha no puede contener la

voluntad del que dice, ¿sabéis hasta qué punto puede herir la palabra que se emplea en la murmuración?

¿Sabéis el daño que puede inferir á la honra ajena?

Pues si lo calculáis, si comprendéis el mal que puede ocasionar al prójimo vuestra murmuración, no echéis en olvido la máxima moral que dice:

«No quieras para tu prójimo, lo que para tí no quieras.»

Pero hay más; no basta murmurar dentro de la primera gradación para sufrir consecuencias fatales; pues es frecuente en muchas personas abultar en sus referencias la importancia de los objetos ó cosas que describen y el valor de las palabras que escuchan.

¡Cuántas veces habréis lamentado, siquiera sean ligeros disgustillos!

¡Cuántas veces habrán asomado á vuestro rostro los colores, al pedirlos satisfacción de palabras que no dijisteis y de conceptos que no empleasteis en la murmuración!..

¡Cuántas veces os habréis arrepentido de entrar en conversación con personas acostumbradas á exagerar sus referencias!..

Pues bien, amadas lectoras, para huir de estos peligros; para no tener que sonrojarse á presencia de los conocidos; para esquivar la persecución de los desconocidos y el castigo, acaso, de la ley, no penetréis jamás en el terreno resbaladizo de la murmuración, con lo cual habréis satisfecho á la sociedad y á vuestra propia dignidad y decoro.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

LAS DOS NIÑAS.

Dios ha dado las riquezas á los poderosos para que derramen el consuelo en los corazones que sufren.



ERANEA fuera de su habitual residencia una dama española, viuda, joven y rica, cuyos inmensos tesoros le proporcionan á cada paso las bendiciones de los numerosos infelices á quienes socorre constantemente con una caridad verdaderamente evangélica.

Pero el tesoro más preciado de esta virtuosa española no está en sus riquezas ni en sus deslumbrantes joyas, ni en sus numerosas y magníficas quintas, rodeadas de bosques y jardines.

Su hija única, su Eufemia, hermosa niña, blanca y rubia como un angel lleno de gracia y de gentileza, es el diamante más precioso que posee la señora á que aludo.

Hace tres meses que, aprovechándose de un día en que el sol se había presentado despejado y radiante, después de un mes seguido de esas nieblas que envuelven casi constantemente á la ciudad de P. en una nube sombría, recorrieron Eufemia y su madre en un elegante y

descubierto landó los paseos de la población.

La inocente niña, que se veía al aire libre despues de tantas semanas de recogimiento, reía, cantaba y parecía volverse loca de alegría al ver las flores del campo, los árboles, y los pintorescos paisajes que se extendían á su vista, con todas las bellezas de la primavera.

Nada más tierno y encantador para cualquier viajero que aquel grupo de dos personas.

La niña representaba como nueve años de edad, elegantemente vestida con un capotillo de terciopelo de color de violeta sobre un vestido de raso azul celeste, y adornada su linda cabeza rubia con un sombrerito gris perla, se entretenía en jugar con las cintas de su capota y hablaba de mil vagatelas infantiles, que la hacían reír á carcajadas.

La más inocente alegría rebosaba en su corazón y coloreaba sus redondas y saludables mejillas.

La madre, joven y hermosa todavía, pero de una hermosura grave y solemne como la de las estatuas griegas, había hecho sentar á su niña sobre sus rodillas, y se sonreía de gozo al contemplar la alegría de su graciosa Eufemia.

El landó, arrastrado velozmente por dos fogosos caballos, daba ya la vuelta al hotel, haciendo brotar chispas sobre el enlosado, y al cruzar como un rayo la plaza de X, la inocente Eufemia interrumpió de repente sus graciosas niñadas y se puso á gritar con voz conmovida:

— ¡Mamá, mamá! ¡Mira, mira!..

— ¿Qué es eso, hija mía? — respondió la madre, echando una mirada en derredor del coche.

— ¡Oh, Dios mío! — continuaba Eufemia. ¡Qué lejos estamos ya! ¡Para, cochero, para!

El cochero obedeció, y la señora no cesaba de preguntar á Eufemia la causa de su sorpresa.

— Mamá — contestó la niña — ¡pues qué! ¿no ves tú allá abajo aquella niña llorando? Quiero bajar, quiero saber la causa, quiero ver si puedo darle lo que necesite.

En efecto, en uno de los lados de la plaza se veía una niña como de unos seis años, cubierta de harapos, sentada sobre sus piernas dobladas, y llorando sin consuelo.

El buen corazón de Eufemia era lo que constituía el orgullo de su madre, y pronta siempre á fomentar en su hija los caritativos instintos que la animaban, bajó del coche y se dirigió hácia la pobre niña, llevando á Eufemia de la mano.

— ¿Qué es lo que tienes, pobre niña? — le dijo esta. — ¿Por qué lloras tanto?

— ¡Ay, señorita, soy muy desgraciada! — respondió la pobre niña suspirando y llorando con nueva fuerza.

— Pero al fin, ¿qué te ha sucedido?

— ¡Dios mío! — contestó la niña — yo no puedo decir con certeza lo que me ha sucedido; pero hace ya muchos días que mi madre que trabajaba en la fábrica de D..., cayó enferma. Ella estaba en la cama en nuestra bohardilla, yo no tenía que darla y estuvo allí mucho tiempo, hasta que se durmío tanto, tanto, que no pude despertarla, ni con gritos, ni con abrazos.

Entonces tuve miedo y fuí llorando á decir á la vecina que vive abajo, que mi madre no quería responderme por más que la llamaba; la vecina se echó también á llorar, pero nada me respondió... Luego... luego, entraron en mi casa unos hombres vestidos de negro: eran cuatro. Metieron á mi madre en un cofre; después pusieron el cofre en un carro; el cofre y el carro eran negros también; después de todo esto, el carro marchó...

Yo lloraba porque me llevaban á mi madre y quise ir detrás del carro dando voces para que la sacaran; pero corrieron tanto, que no pude seguir y tuve que descansar aquí; y ahora lloro, señora, porque no sé adónde ir.

Esta historia de muerte, contada por aquella inocente criatura, en el triste y sencillo lenguaje de su tierna edad, conmovió vivamente á la señora, é hizo asomar á sus ojos algunas lágrimas, y en tanto que Eufemia partía con la mendiga algunos confites y se esforzaba en consolarla, envió su lacayo á P. para informarse de si la narración de la niña era verdadera.

Durante la ausencia del lacayo, la pobre huérfana les dijo que se llamaba Susana, y les refirió con sencillas frases todas las escenas que recordaba de su inocente vida, pasada entre las más dolorosas privaciones.

En medio de su triste narración no olvidó Susana bendecir á su madre, suspirando frecuentemente cuando tributaba á su memoria los más fervientes elogios, y fué tal la impresión que esta escena produjo en la rica dama, que asiendo enternecida la manecita de la niña y haciéndola chocar con la de su hija, les dijo:

— Mira, hija mía, esta niña no tiene en el mundo persona alguna que la preste su cariño y su consuelo. ¿La aceptas tú como si fuera una hermana?

— Con toda el alma, mamá mía — contestó resueltamente Eufemia, estrechándola entre sus brazos.

— ¿Y tú querrás siempre á mi hija, que de tan buen grado te ofrece consuelos y cariño? — preguntó á su vez la señora á la pobre huerfana.

— Como á mí misma, señora.

— Y jugaremos juntas.

— Y dormiremos.

— Y comeremos.

— Y no nos separaremos jamás, repetían alternativamente aquellos dos tiernos angelitos.

Y haciéndola subir al coche al lado de su nueva hermana, tomó desde luego posesión de una casa, de una mesa preparada por Dios para alivio de su desgracia por conducto de una nobilísima señora, cuyo nombre no me es permitido referir.

Eufemia y Susana crecieron y se educaron juntas; vestían del mismo color y de la misma moda; rezaban juntas, y juntas se solazaban y dormían.

Se amaban con entrañable cariño, é inspiradas en los mismos bellísimos pensamientos distribuían juntas todos los sábados la acostumbrada limosna á los pobres, y juntas frecuentaban el templo los domingos.

En las horas de recreo tenían los mismos juguetes, cuidaban con igual esmero los paja-

ritos, y sólo anhelaban complacerse recíprocamente.

Pero ¡ay! Susana enfermó hace dos años, cuando apenas contaba quince de edad, y espiró el verano último en los baños de C., adonde la llevaron para procurar su salud, y el mes pasado acaba de espirar Eufemia en los propios baños, adonde fué para depositar una corona de siemprevivas sobre la tumba de su hermana.

Derramemos sobre el panteón de las dos una expresiva lágrima, como premio á su amor y á sus virtudes.

DOROTEO ALEMÁN.

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
— Yo soy Alejandro el Rey.
— Y yo Diógenes el can.

— Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?
— Yo, nada;
Que no me quites el sol.

— Mi poder...
— Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
— Yo puedo hacerte dichoso.
— Lo sé, no haciéndome sombra.

— Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
— ¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?

— Mantos reales gastarás
De oro y seda.
— Nada, nada.
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?

— Ricos manjares devoro.
— Yo con pan duro me allano.
— Bebo el Chipre en copas de oro.
— Yo bebo el agua en la mano.

— Mandaré cuando tú mandes
— ¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?

— Mi poder á cuantos gimen,
Va con gloria á socorrer.
— ¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa ¡el poder!

— Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
— ¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de tí?

— Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
— Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

— Yo impongo á mi arbitrio leyes.
— ¿Tanto de injusto, blasonas?
— Llevo vencidos cien reyes.
— ¡Buen bandido de coronas!

— Vivir podré aborrecido,
Más no moriré olvidado.
— Viviré desconocido
Más nunca moriré odiado.

— ¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
— ¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol!

Y al partir con mutuo agravio
Uno altivo, otro implacable,
— ¡Miserable! dice el sabio;
Y el rey dice:

— ¡Miserable!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

UN CONSEJO.

«Instruid á vuestros hijos; pues os
serán atribuidas sus buenas obras.»
ANTIGUOS PERSAS.



oy, entregados casi exclusivamente á los juegos y pasatiempos infantiles, vuestra imaginación, tan virgen como vuestra alma, ni precave ni calcula, y ¿qué extraña en un niño esta primera y confiada impremeditación, si son tantos los llegados á la madurez y la descubren en sus acciones y en sus dichos? «Si volviese á nacer. Si me hallase en esta ó la otra situación. Si me viese en tal ó cual estado. Si las peripecias, intereses y sucesos que me arrastraron, se reprodujesen. ¡Ah! Si tuviera veinte años, y lo pasado, pasado.» ¿Qué denotan estas lamentaciones sino despecho y la genuina confesión de la impericia y aturdimiento en que vivieron? Desgraciadamente el *arrepentimiento*, lo ha dicho un notable escritor, *llega demasiado tarde*, porque es la consecuencia de una falta.

La irresistible y súbita alteración que en nuestro delicado é impresionable organismo causa los rápidos momentos del placer, y las horas de interminable dolor que desproporcionadamente se reparten la transitoria vida humana, aconsejan estar en continua vela. *Espejo de la Omnipotencia* llama al mar un eminente literato francés; imagen también de la mudable existencia es ese líquido y movable abismo, elemento terriblemente seductor, augusto y bello, profundo reino de las aguas que baña y conserva junto á sus bancos de arena, rocas, plantas y vegetales submarinos, húmedas minas de nácares irisados y argentada pedrería, conchas, perlas y corales y que finge levantar tranquilos y mansos oleajes, más parecidos á cadenciosos arrullos, de bonancibles corrientes, que no á tregua encubridora de indomable y tempestuoso furor.

A través de los primeros años percíbense sólo encantos, halagadores sueños, prismas mágicos, ilimitados panoramas de valles, cordilleras, selvas y golfos, inflamados horizontes de oro y grana, campos y jardines florecidos de eterna primavera; y dormitando ó despiertos, óyense coros dulces é inefables que embriagan el corazón, deslumbran la mente y suspenden los sentidos.

Pero pase esa aurora, y la vida retratará el Océano inseguro y falaz, cercado á lo mejor de escollos, ruina y muerte. La más exquisita

previsión y prudencia no basta á conocer y abarcar las asechanzas, contratiempos y males que nos cercan y persiguen hasta la tumba. Sólo al constante, advertido y suspicaz, es dado precaverlos y remediarlos luego fácilmente, cuanto más le ha probado ó puesto sobre aviso la desgracia, maestra que enseña, pero poniendo un precio tan subido á sus servicios, que á veces se pagan con la vida: *vivid siempre prevenidos, pero nunca acobardados*.

Si en la ruta que hemos de recorrer está el mal apostado, y señaladas indefectiblemente sus víctimas, en su número fuimos comprendidos, aceptemos el papel de mártir si no hemos delinquido; si le merecemos, tomémosle como una expiación y cumpla el de verdugo la fatalidad.

Arguye necedad y soberbia volverse contra lo sobrehumano. Ni cristiano ni prudente es desafiario, siquiera sea de varoniles pechos y luminosas inteligencias soportar sus golpes resignada cuanto dignamente.

El que sin haber luchado, puesto el pié en la campaña, ve por los suyos declararse el triunfo, no ha merecer aclamarle ni alfombrarle de flores el camino. En cambio el que duramente puesto á prueba por las veleidades de la suerte, se expone, sufre, resiste, lucha y el deslumbrante rayo de la victoria, bañando su frente, viene, al fin, á devolverle el merecido reposo y bienestar, ese, sea niño, adulto ó anciano, es digno de premio y general respeto.

Doctrina cierta y consoladora que merece ser invariable guía. Sujetándose á sus fundamentales preceptos, las mismas penalidades cambianse, sino en manantial inagotable de delicias, en lábaro de esperanza, en profundo conocimiento de las catástrofes probables, en páginas de dolorosa cuanto útil enseñanza.

El blasfemo, incrédulo y escéptico, que en el vario cúmulo de acontecimientos prósperos ó adversos que conmueven y sustituyen las modernas sociedades ve el resultado de la casualidad, la enemiga ó protectora intervención del hombre, los fenómenos y cambios regulares de la naturaleza, y el innato fatalismo, hasta el prosaicamente material que en su hediondo desorden cerebral reduce al silencio, al caos y la inacción de la miserable arcilla el porvenir, ese porvenir que al caer y cerrarse la losa del fúnebre monumento descubre la clara estela de la eternidad, para la que lo mundano es pobre y ligerísimo introito, el dominio de uno mismo, la saludable firmeza de voluntad y el observador y abstracto examen á que en su fuero interno somete lo que se desarrolla ante su vista ó le afecta, le convierte y da esperanza.

Meditad, ved, penetrad las causas, examinad los efectos y analizad los móviles, origen y sentido de los hechos; que así se aprende, y de este estudio á veces nace la luz y con ella la fe que conduce á Dios.

Desde la infancia puede observarse más ó menos facultad, cierta predisposición inteligente, aplicable á distinta carrera, arte y empleo, tan precoz y visible en algunos, que hace decir, sonriendo, á padres y allegados: «¡Qué talento tiene este niño!» «¡Qué respuestas da!» «¡Cómo declama!» «¡Qué comprensión tan viva la suya!» «¡Qué memoria!» «¡Promete!»

«¡Lástima sería si se desgraciase!» Conocido que es el talento de primer orden y raras disposiciones, la cuestión previa, el fin primero y práctico que han de perseguir padres y maestros, es evitar mueran en flor las preciosas facultades. Hé aquí lo que constituye un deber, y deberes de este género son siempre queridos.

El cariño paternal los enseña y dulcifica. Si hubiese desnaturalizados que se desentiendan y le rechacen, sepan que dicho deber no tolera próroga en su cumplimiento, renuncias ni exenciones de responsabilidad, efecto de culpable debilidad, escaso celo ó sobrada negligencia, fundadas en inútiles protestas de haberse apurado la paciencia y los sistemas conocidos, desde el de los mimos y la tolerancia, al terror. Ni decir: «Es un genio indómito, invariable, incomprensible.» Si ha de ser aplicado, honra de la familia, dispuesto y bondadoso, tanto valdrá ser inflexibles como entregarles á sus naturales instintos.

La crasa ignorancia forma también á los descuidados, y la apatía y la desidia los mantiene en el desconocimiento de las nuevas deliciosas impresiones que les reservaría el mañana, si inculcasen en sus hijos las saludables máximas de la honradez, la humanidad y la ciencia.

Los buenos modelos hacen al hombre; la asidua y atenta observación, unida al reflexivo y maduro examen, funda y fortalece las convicciones.

En el día se siente incontrastable y fervorosa necesidad de ser algo, en la acepción de adquirir capacidad é instrucción proporcionada á los múltiples problemas, importantísimas aplicaciones, reformas é inventos maravillosos que diariamente se anuncian y plantean. Allá donde el culto al progreso y el hábito del trabajo estimula, vigoriza y desarrolla sin cesar la atrevida concepción é inventiva de todo un pueblo.

El que, bañándole benéfica luz intelectual, cierra los ojos y se aferra á vivir en la ignorancia, ha equivocado la fecha de su nacimiento hasta el punto de parecer viene á representar mezquinamente en nuestra espléndida generación un ayer atrasado y abyecto.

Tomad y seguid, ¡oh jóvenes! los consejos de la experiencia; esto es, los que procelan de vuestros padres y buenos maestros, para conocer ó evitaros en el porvenir las sangrientas y dolorosas lecciones de la adversidad.

VÍCTOR NAVARRO.

EXPLICACIÓN DEL GRABADO



¡Mis queridos infantiles lectores: Como donde quiera que voy, me acuerdo del encargo de trasmitiros consejos sanos que os instruyan y eduquen, al penetrar en el templo para cumplir con el precepto que supongo llenaréis vosotros todos los domingos y fiestas de guardar, exclamé en el fondo secreto de mi conciencia:

¡Qué grande es Dios!

Brotó esta exclamación espontáneamente, porque en el atrio ví mendigar á un mutilado licenciado del ejército y enjugar sus dolientes

lágrimas á una modesta señora, cubierto el rostro con su velo, y que le decía alargándole la limosna: «Tome V. esas monedas, y confíe V. siempre en la Providencia.» Supe después, que el que pedía era un hombre honrado y que la señora que había cruzado hasta hace pocos meses una modesta vida, acababa de heredar una regular fortuna.

Crucé el pórtico y arrodillada junto á la pila del agua bendita, oraba con toda contrición una mujer á quien el mundo soponía un ser licencioso y descreído.

Más allá había un decrepito anciano explicando á su nieto la caridad inagotable de Santa Isabel.

A su lado dos penitentes que aguardaban la llegada del confesor para descargar su conciencia en el confesonario y purificar su alma después con la Sagrada Forma.

Y mientras los dependientes de la iglesia disponían el ara santa y encendían las velas para celebrar el Sacrificio incruento, iniciado en la historia del Cristianismo por Melkisedec, puse los ojos en el altar mayor, examinando uno por uno los detalles del conjunto.

¡Qué suma de bellezas artísticas! ¡qué grandeza de pensamientos me inspiraba!

Reflejado en un lienzo por el hábil pincel de Cano, veía aquel pasaje de la Biblia que nos recuerda el sacrificio de Abrahán, modelo de obediencia: á su lado un paisaje que retrataba á Moisés predicando á los israelitas la ley escrita por Dios en el Sinaí: un poco más alto otro lienzo que figuraba á la Virgen colocando la casulla en los hombros de San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, y coronando el altar, entre magestuosos arcos concéntricos, las nobles figuras de los cuatro evangelistas; tales eran las pinturas magistralmente ejecutadas, por las proporciones, la frescura del colorido y la verdad del pensamiento.

La escultura tenía allí también sus encantos: en los laterales del primer cuerpo y en dos ornacinas riquísimas, ceñidas por esbeltas columnas salomónicas, se ostentaban, de tamaño natural, los dos apóstoles á quienes Nerón, el primer perseguidor de la Iglesia, redujo á prisión en Roma: San Pedro, primer Vicario de Jesucristo en la tierra y San Pablo, autor de las famosas cartas á los corintios.

Sobre los coronamientos de las columnas del centro dos ángeles de mérito singular manifestaban los atributos de la pasión, y en las de los lados las imágenes magestuosas de San Lorenzo con sus parrillas y de Santa Dorotea con su canastilla de flores.

Delante se levantaba erguido un magnífico tabernáculo, estilo del renacimiento, coronado por la figura de la fe, en blanco y como de un metro de altura: todo lo demás del altar, era oro mate ó bruñido, excepto el ropaje de las esculturas y los lienzos.

Delante del tabernáculo un excelente crucifijo de bronce y en los lados, un poco más bajos, los evangelios y un libro abierto en su atril.

El sacerdote, seguido por un acólito, se acercó al altar, depositó su cáliz sobre el ara y comenzó el *Confiteor*.

Los fieles se arrodillaron y un órgano expre-

sivo elevaba las más sublimes notas al Dios de Israel y de Jacob.

Mis queridos niños: contemplad, llenos de fe, los misterios que la Misa encierra; sabed que esa es la fuente de todos los bienes; que allí se curan los dolores del alma que tiene existencia real y eterna y que allí se encuentra el lenitivo para los dolores físicos que son perecederos.

No os detenga en esta senda, ni la pereza, hija de los espíritus malignos, ni la crítica de aquellos que viviendo en el mal, quisieran emponzoñar todas las conciencias con el amargo virus de los vicios, con su eterno y pernicioso indiferentismo.

La fe religiosa hace buenos cristianos, y el que es buen cristiano probará su honradez en la tierra y hará vida feliz y próspera.

Si os encontráis afligidos por algún pesar, agobiados por alguna desgracia, poned los ojos en la Providencia y encontraréis consuelo.

Santificad las fiestas y cumpliréis con el precepto divino.

Imitad á los fieles que representa el grabado objeto de estas líneas, y llevad siempre en el pensamiento esta elevada idea:

¡Qué grande es Dios!

VICENTE D. BORDANOVA.

LA VOZ DE LAS CRIATURAS

EL POETA

Avecilla, perpetua cantora,
que escondida en el verde olivar
das al aire tu voz gemidora,
y repites sin fin tu cantar...
tan suave y celeste armonía,
¿quién te la dió?

Floreilla de varios colores,
bello adorno del verde pensil
donde exhalas suaves olores
y te meces al viento sutil...
tus matices y gratos aromas,
¿quién te los dió?

LAS CRIATURAS

Voz armoniosa,
vivo color,
Son sólo cosa
que da el Señor.

EL POETA

Palma esbelta del seco desierto,
abrasada del sol sin cesar,
bajo un cielo de oír descubierto,
donde ostentas tu pompa sin par...
la esbeltez, gentileza y frescura,
¿quién te las dió?

Garza altiva, que sobre las nubes
levantando tu vuelo raudal,
á los cielos alígera subes,
remontándote en rauda espiral...
vuelo audaz y veloz sin pareja,
¿quién te lo dió?

LAS CRIATURAS

Verdor pomposo,
volar veloz,
son bien precioso
que da el Señor.



EL SACRIFICIO INCRUENTO.

EL POETA

Fuerte encina, que en cumbre nevada
firme elevas el tronco eternal,
resistiendo, arrogante y osada
el empuje de atroz vendaval...
tu firmeza que al tiempo no teme,
¿quién te la dió?

Tú, del Atlas león encendido,
que lanzando en tu torno el terror,
al rebaño de espanto rendido
te abalanzas cruel, rugidor...
la fiereza, terror de las selvas,
¿quién te la dió?

LAS CRIATURAS

Firmeza dura,
fiero valor,
los da, sin duda,
sólo el Señor.

EL POETA

Zagaleja de gracias tan bellas
cual la sílfide ó ninfa oriental,
cuyos ojos son vivas estrellas,
cuyos labios son puro coral...
Los hechizos y encantos divinos,
¿quién te los dió?

Ardoroso mancebo, que agitas
en tu pecho mil sueños de amor,
y anhelante y rendido palpitas
con la idea de gloria y honor...
El honor y esforzados alientos,
¿quién te los dió?

LAS CRIATURAS

Gracia, hermosura,
gloria y honor,
eso es ventura
que da el Señor.

EL POETA

Tersa luna de luz plateada,
que en la noche sombría y glacial
fulgurando de nubes rodeada,
iluminas la senda al mortal...
de tu faz el fulgor entibiado,
¿quién te le dió?

Sol, que desde la cumbre del cielo
los espacios inundas de luz,
derramando propicio en el suelo
alegría, placer, juventud...
el fulgente esplendor en que vives,
¿quién te lo dió?

LAS CRIATURAS

Luz fulguerosa,
plácido albor,
sólo son cosa
que da el Señor.

EL POETA

Ven, ateo, y humilla la frente;
prosternémonos juntos los dos,
y clamemos con voz reverente:
— ¡Todo, todo tú das, oh gran Dios!

MANUEL GONZÁLEZ ALVÁREZ.

LA FELICIDAD EN EL TRABAJO.



EN 1850, en el mes de Enero, si no estoy equivocado, Mr. Kent, propietario de una de las mejores y más bien montadas fábricas de fundición de metales de Londres, recibió en su casa, para desempeñar uno de los últimos puestos de sus talleres, á un obrero que dijo llamarse Jorge, el cual, según confesión propia, no había trabajado nunca en ninguna fábrica, si bien tenía algunos conocimientos en el oficio.

Nadie le recomendaba, nadie habló por él, ni pudo presentar ninguna persona que respondiese de su conducta, porque á nadie conocía en Londres.

Unicamente dijo que desgracias de familia le obligaban á dedicarse al trabajo, y que había escogido aquel oficio por inclinación y porque poseía ciertas teorías, de las que esperaba un buen resultado en la práctica.

Mr. Kent se contentó con todo esto, que no era mucho, y admitió al obrero, poniéndolo con otros varios, bajo la dependencia de un oficial.

En resumen; Mr. Kent no tenía necesidad de un hombre más en la fábrica; pero el obrero le fué simpático.

Efectivamente; el exterior de Jorge prevenía en su favor: era un hombre de mediana estatura, pulido y delgado, de grandes ojos azules, cuya mirada triste y distraída revelaba inteligencia y bondad; un surco morado debajo del párpado inferior denotaba las vigiliass, ó de la orgía, ó del hambre. Aun cuando aparentaba lo más veinticinco años, su rubio cabello empezaba á encanecer.

Llevaba el modesto traje del obrero; pero aseado y curioso, como un hombre que apreciaba en algo el cuidado de su persona.

Ninguno de los trabajadores de la fábrica le conocía, lo cual probaba la verdad de sus palabras cuando afirmó á Mr. Kent que no había trabajado nunca.

Desde el primer día su conducta fué intachable: era el primero que entraba en la fábrica y el último que salía, sin que se le viera en el resto de la jornada distraerse y abandonar su trabajo para fumar su pipa ó perder el tiempo en otra clase de entretenimientos.

Era parco en palabras; sin embargo, si cualquiera se dirigía á él contestaba con urbanidad y agrado, sin manifestar una educación escogida ni unos modales finos: no se le oía nunca proferir ni una de esas frases groseras y poco cultas que tanto abundan en los talleres.

Al terminar su trabajo se dirigía á su casa, sin que nadie pudiera hacerle fuerza á entrar en la taberna, y solamente salía algún rato cuando había algún compañero enfermo á quien visitar.

Si éste era pobre podía contar con que Jorge, al despedirse, pondría encima de su mesa una moneda de plata: ganando muy poco, aún ahorrraba. — «Como no bebo, gasto poco,» decía, cuando algún compañero se extrañaba de que pudiera ser generoso.

Los días de fiesta no había que contar con él para nada; algunos compañeros fueron á buscarle en varias ocasiones y hallaron la puer-

ta cerrada. Jorge decía que pasaba el día en el campo, lo cual no era imposible.

No se le conocían amigos, novias, ni parientes: en cambio se le veía en la Iglesia con alguna frecuencia.

Todo esto contribuía á que hubiese adquirido al poco tiempo en la fábrica cierta estimación.

Sin embargo, como nunca faltan en todas partes caracteres díscolos y envidiosos, un día, uno de los obreros trató de armarle camorra.

— Mira — le dijo lacónicamente Jorge.

Y levantó con una mano un enorme cilindro de acero, que pesaría muy bien cinco arrobas, arrojándole á más de doce piés de distancia.

Luego añadió:

— Si después de haber visto esto, quieres que te rompa las muelas, avisa.

La lección fué provechosa y comprendida: desde aquel día, nadie volvió á molestarle.

Indudablemente en el oficio sabía más que el oficial á cuyas órdenes trabajaba y que todos los obreros de la fábrica; pero tenía el talento cuando indicaba el medio de simplificar una operación ó de discurrir alguna nueva aleación de metales, hacerlo de manera que aparentase partir la iniciativa de su maestro. Especialmente en química y mecánica tenía conocimientos particulares.

Mr. Kent recibía de su nuevo obrero informes satisfactorios todas las semanas, llamándole todo esto la atención: él mismo, con disimulo, estuvo vigilándole por espacio de un mes, adquiriendo el convencimiento de que podía enseñar á sus maestros al cabo de dos años que llevaba en la casa.

Un sábado, en vez de pagarle su jornal en el despacho de la fábrica, le hizo subir á su habitación.

— Jorge, le dijo, estoy minuciosamente enterado de vuestro trabajo y satisfecho de vos, como os lo voy á demostrar poniéndoos desde principio de año al frente de mis talleres.

Jorge, en vez de verse lisonjeado, hizo un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido para Mr. Kent.

— ¡Cómo! le dijo, ¿rehusaríais?

— Señor, os agradezco en el alma esa muestra de afecto y distinción; pero no puedo aceptar en interés vuestro y en el mío.

— ¿Pues cómo?

— Yo soy el obrero más moderno en vuestra fábrica; no tengo aún el título de maestro; hay aquí muchos hombres que llevan quince años trabajando, y al ver que les anteponeis un hombre de mucha menos edad, de mucho menos tiempo de oficio y acaso de muchos menos conocimientos, han de disgustarse por fuerza de lo que ellos creerán que es una injusticia, y este disgusto natural llevará en pos de sí la desertión. De modo que por premiar los servicios de uno solo, tal vez de un modo exagerado, os vais á privar de vuestros mejores obreros; esto por lo que os atañe. Respecto á mí... ¡ah, señor! ¡no me separéis del puesto que ocupo!.. ¡no me hagáis orgulloso!.. Yo hasta ahora estoy bien quisto entre todos mis compañeros; esta elevación, inmotivada para ellos, me traería su odio... dejad las cosas como están, puesto que no estáis descontento de mí.

Mr. Kent debió pesar tan juiciosas razones,

y desde aquella tarde no volvió á hablarle del asunto, si bien creció en él la consideración que el obrero le inspiraba.

Así pasaron veinte años: Jorge llegó á ascender por antigüedad al puesto que había rehusado por modestia; los negocios de la fábrica en sus manos marchaban con una prosperidad creciente.

Mr. Kent pensaba ya darle una participación en las ganancias, cuando una mañana, Jorge, á quien su afán por el trabajo tenía ya muy delicado, tuvo que retirarse.

Mr. Kent envió al día siguiente un recado á su casa, para ver cómo se encontraba; pero una de las comadres de la vecindad dijo que el señor Jorge no había parecido por allí desde el día anterior en que salió, como siempre, para dirigirse á su trabajo.

Mr. Kent, en la inteligencia de que al salir de la fábrica había empeorado en la calle, hizo toda clase de gestiones para averiguar su paradero, aunque inútilmente.

Su aflicción era extrema; habían transcurrido ocho días y nada sabía respecto de aquel.

Una mañana se detuvo un coche delante de la fábrica; descendió de él un anciano grave y afligido, que tenía el aspecto de un ayuda de cámara de confianza, y avistándose con Mister Kent, le suplicó de parte de su amo, el duque de M..., que tuviera la bondad de seguirle, puesto que estando enfermo de peligro, quería hablarle ántes de morir.

Mr. Kent, aun cuando no conocía á aquel personaje, se apresuró á complacerle; montó en el carruaje, que á la media hora de marcha se detuvo delante de un antiguo y suntuoso palacio.

Le hicieron atravesar el parque, el vestíbulo y varios espléndidos salones, hasta un lujoso gabinete, donde había una alcoba.

¡Cuál no sería el asombro del honrado fabricante al ver en aquel suntuoso lecho á su querido obrero Jorge!

Este le tendió, sonriéndose, una mano huesosa y amarillenta, exclamando:

— Ya veis á qué extremo me han conducido las preparaciones químicas de vuestra casa para fundir metales.

— ¡Pero señor! ¿Qué significa esto? preguntó Mr. Kent, que no volvía de su asombro.

— Os lo voy á decir, mi querido principal, si las pocas fuerzas que me quedan lo permiten, y espero que haciendo pública mi historia en vuestra fábrica, vuestros operarios, mis compañeros, saquen de ella una lección provechosa.

Mi padre, el duque de M..., murió cuando estaba yo en el colegio, siguiendo con aprovechamiento mis estudios; yo era hijo único, y á los dieziseis años recayó sobre mí el enorme peso de llevar dignamente uno de los títulos más ilustres de Inglaterra. Pero ¡ay! aun cuando mis propósitos eran buenos, la fatalidad dispuso todo lo contrario.

Dueño en tan temprana edad de una inmensa fortuna, y con toda la impetuosidad y orgullo de mi raza, me lancé en el gran mundo, ávido de goces y de libertad.

No tengo que esforzarme mucho para demostraros que en ocho años cometí todas esas

locuras que destruyen el cuerpo, debilitan el alma, matan la fe y arruinan la fortuna mejor cimentada. A los veinticuatro años, me encontré hastiado de todo, habiendo apurado ya la ingratitud de los hombres, la frivolidad de las mujeres; ya no había en mi alma una cuerda que vibrase á impulso de ningún sentimiento noble; mi fe religiosa, tan ardiente en otro tiempo, había desaparecido; tenía repugnancia á la vida; deseo de la tranquilidad del sepulcro.

Bajo la impresión de tan fatales ideas, cogí un día una pistola y dando un adiós á mi palacio, me dirigía al campo para saltarme la tapa de los sesos, cuando al pasar por vuestra fábrica ví que todos los obreros salían alegres y satisfechos, con la tranquilidad del hombre que ha empleado bien el día.

— « ¿Qué es esto? me dije asombrado. »

— « Esto es el trabajo. »

Repitió una voz en mi interior.

— « Hé aquí un nuevo goce que debes apurar antes de salir de este mundo por la sombría puerta del suicidio. »

Aquello fué mi salvación; mis estudios de química en el colegio, debían servirme de mucho; al día siguiente me compré un traje adecuado, y... ya sabéis lo demás.

He pasado veinte años en vuestra casa, siendo obrero seis días á la semana y duque el domingo: el santo y noble trabajo del obrero me ha devuelto la robustez del cuerpo, que había perdido ya; la tranquilidad del alma ha vuelto otra vez con la fe religiosa y creo que mi padre, á quien dentro de poco voy á ver en el cielo, estará contento de mí. ¡Si el hombre supiera lo que debe al trabajo, no habría ningún holgazán sobre la tierra, ni habría tampoco ningún desesperado!

Jorge hizo una pausa para recuperar sus fuerzas, que ya le abandonaban para siempre: luego, señalando una mesa que había en el gabinete, llena de toda clase de monedas, prosiguió:

— Ahí tenéis Mr. Kent; esos son todos los jornales que he ganado en vuestra fábrica, lo mismo que los he recibido: yo, duque, yo, hombre acaudalado, no podía, no debía gastar en mis trenes ese dinero, por más que lo hubiera ganado bien.

— ¡Oh, muy bien — interrumpió el fabricante, con los ojos inundados de lágrimas.

— Distribuídlo equitativamente entre mis compañeros; además, reservo una parte de mis bienes para dotar á sus hijas y establecer á sus hijos: decidles que muero bendiciéndolos, porque ellos contribuyeron á que el suicida se arrepintiese, entrando en la senda del deber; porque ellos me han enseñado á trabajar, y más que eso, á honrar, á santificar el trabajo: como veréis por mi testamento, me encargo también del dote de vuestra hija; vos que habéis sido para mí un amo dulce y bueno, admitiréis este testimonio de agradecimiento.

Jorge no pudo proseguir; en aquel momento entraba en la agonía.

Mr. Kent permaneció allí hasta que espiró; y después de cerrarle los ojos con piadosa mano, salió con el corazón angustiado del palacio de aquel obrero.

Al día siguiente, entre duques y pares, cuatro trabajadores de la fábrica de Mr. Kent conducían en hombros, desde la iglesia hasta el panteón de su familia, el lujoso ataúd don de iban los restos de su noble compañero.

Ahora bien: después de esto, queridos niños, compadezcamos al hombre que no ve en el trabajo un manantial perenne de felicidad.

PEDRO ESCAMILLA.

ANTIGUO TESTAMENTO

por

D. JOSÉ ANTONIO GARCIA DE LA IGLESIA

sacerdote de las Escuelas Pías de Castilla.

PRIMERA ÉPOCA

Dios al principio con sublime acento de la nada formó *la Luz* radiosa, *los Cielos y la Tierra, el Firmamento*, las densas *Nubes* y la *Mar* undosa, *las Plantas y los Árboles, el Viento, el Sol, Luna y Estrellas* y la umbrosa *Noche* y el claro *Día y Estaciones*, é inúmeras de *seres* colecciones.

Vió Dios cuanto su diestra omnipotente creara en el espacio de seis días, y era todo muy bueno y conveniente, lleno de innumerables armonías. Casi al tiempo que al *Ángel* refulgente con todas las celestes Jerarquías, hizo al *Hombre*, destello suyo hermoso, y hecho ya todo, descansó glorioso.

A Dios el bando angélico arrogante, queriendo ennoblecer más su destello; con rebelión sacrilega, insultante de su gloria y poder disputa el sello, y hasta su trono real... ¿Quién semejante á Dios, autor de vuestro ser tan bello? grita la hueste fiel al punto mismo: y el escuadrón infiel baja al abismo.

Del amoroso Edén en las regiones nuestros primeros Padres habitaban, cuando el Genio del mal á sus mansiones llegó, tentando á los que en él gozaban. Hízoles despreciar las prohibiciones, que su inocencia y bienestar guardaban, y fueron por su culpa de él lanzados, y á muerte con su estirpe condenados.

Después de su fatal desobediencia tres hijos nuestros Padres obtuvieron, Caín, Abel y Seth. De la inocencia gloria siempre los dos últimos fueron. Perverso era Caín... con violencia sangre sus manos fraternal vertieron. Del bien la carne corrompió el camino y *Universal Diluvio* á ahogarla vino.

SEGUNDA ÉPOCA

Sólo salvo Noé queda en el arca, que por orden de Dios labró con celo, y su Familia toda, á quien abarca la exención del castigo, que da al suelo. La estirpe de este Santo Patriarca una Torre, que llegue al alto cielo comienza luego altiva con premura del Asia en la frugífera llanura ¹.

Baja á las nubes Dios: á ver se asoma de los hijos de Adán el loco intento ² y les confunde el primitivo idioma ³, de su Babel frustrando el alzamiento.

¹ La torre de Babel estaba situada en la llanura que hoy se llama *Diarbec* y antiguamente *Mesopotamia*, región del Asia entre el Tigris y el Eufrates.

² Así los llama el texto Sagrado, para significar que eran unos hombres mortales y de tierra, herederos del orgullo de su primer Padre (Nota del P. Scio).

³ Hasta entonces, dice la Escritura, que todos los hombres formaban un solo pueblo de un solo labio. *Ecce unus est populus et unum labium omnibus* (Génesis, 11-6).

La gente así vencida al punto toma
veloz la fuga con sus lenguas ciento,
y á los vicios después toda se entrega
hasta idólatra hacerse en ellos ciega.

TERCERA ÉPOCA

Una raza especial, un Pueblo solo,
que sus Doctrinas y su Rito augusto
del Bóreas lleve hasta el opuesto polo;
resuelve Dios formarse. Abraham el Justo,
dechado de obediencia y Fe sin dolo,
que le defienda de opresor injusto,
por su gefe ó Caudillo es elegido
y de poderes amplios investido.

Cuatro reyes, que triunfan coligados,
de noche son vencidos con sorpresa
por el valiente Abraham con sus criados,
y á Loth recobra con valiosa presa.
A bendecir sus pasos bienhadados
sale Melquisedec á toda priesa
y del botín la décima le ofrece
el vencedor, cuyo renombre crece.

Del valle de Pentápolis los vicios
y sus enormes crímenes provocan
del irritado cielo los suplicios.
De Abraham los ruegos la piedad evocan
y á la inicua región serán propicios,
si en ella justos hay, que á Dios invocan;
pero ninguno se halla... y su impureza
lava turbión de azufre con presteza ¹.

Para inmolar del Moria á la alta cumbre
suben juntos un joven y un anciano,
el fiel Abraham é Isaac. Aquel la lumbre
y el cuchillo fatal lleva en la mano,
éste de leña un haz con mansedumbre.
Ya el Padre á su unigénito cercano
blande el acero, cuando Dios le para,
y le premia en Isaac con Prole clara.

Toma Isaac á Rebeca por esposa,
que á Esaú y Jacob juntos concibe.
El primero al segundo la valiosa
Primacía filial vende, y recibe
de su merito en cambio leve cosa.
Sagaz amor materno le apercibe
del odio del hermano suplantado,
y la fuga hacia Haram toma asustado ².

Al tímido Jacob, que huye anheloso,
Labán acoge con ternura pia,
y como siervo allí trabaja ansioso,
por la bella Raquel con alegría.
Labán de sus servicios codicioso,
por engaño le casa antes con Lía
y de ésta, y de Raquel, y siervas nacen
los que en las Doce Tribus Jefes se hacen ³.

José de sus hermanos era odiado
por su virtud y prendas relevantes
y por ser de Jacob el más amado.
Vendiéronle á ismaelitas comerciantes,
y como esclavo á Egipto fué llevado,
sufriendo tratamientos humillantes
inocente en prisión y privaciones
antes de ser Salud de las naciones.

De invencible paciencia fué modelo
un noble morador de la idumea,
el Santo Job, cuyo heroísmo el cielo
hizo que el mundo con asombro vea.
Satán su cuerpo sin ningún consuelo ⁴
con llaga horrible por envidia afea;
pero la sufre sin hablar palabra,
y nueva dicha su tormento labra.

¹ Las ciudades que componían el valle de Pentápolis, eran cinco: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Segor. De estas sólo quedó salva de la ruina Segor, adonde entró Loth con su familia, guiado por los ángeles, á quienes hospedó en su casa de Sodoma la noche anterior, debiendo á este acto de caridad hospitalaria la conservación de su vida.

² El nombre de *Esaú* quiere decir *veloso*; porque tenía el cuerpo cubierto de vello rojo: y el de *Jacob*, *suplantador*, porque nació como teniendo asido por el pié á su hermano Esaú.

³ Jacob, por otro nombre *Israel*, tuvo doce hijos, que fueron los Jefes ó cabezas de las doce tribus de Israel; y se llamaron: Ruben, Simeón, Leví, Dan, Judá, Neptalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín.

⁴ *Satán*, lo mismo que Satanás, Luzbel, el ángel malo, el demonio.

Dios el clamor y los trabajos duros
del Pueblo atiende, que suspira opreso
del idólatra Egipto entre los muros,
el dolor de su faz mostrando impreso.
Su triste esclavitud reyes impuros
de ingratitud agravan con exceso
y rompiendo Jehová su férreo lazo,
le libra por Moisés en fuerte brazo.

CUARTA ÉPOCA

Libre Israel hacia el Siná camina,
donde el Señor con gloria se aparece,
envuelta en nube ardiente la colina,
que al son del trueno con fragor se mece.
El Código Sagrado de doctrina
por mano de Moisés su Dios le ofrece,
y elige á Aarón por Sumo Sacerdote,
honra que su Familia obtiene en dote.

Amar y obedecer á Dios juraron
al pié del Siná los israelitas;
mas, pérfidos, bien pronto violaron
las Leyes, que en *Dos Tablas* les dió escritas.
Ingratos varias veces se mostraron
del cielo á las bondades infinitas,
y el Pueblo todo en pena quedó muerto
sin llegar á Canaan en el Desierto ¹.

De mano de Moisés con alta gloria
del Pueblo libertado el sumo mando
recibe Josué, dice la historia,
y la Tierra feliz entran domando
sus armas, lema siempre de victoria.
Del Sol el movimiento retardando,
del todo casi á conquistarla llega
y á las Tribus partida se la entrega.

Ya de la fértil tierra en las mansiones,
el débil Israel pone en olvido
del noble de *Efraín* las instrucciones ²,
y á esclavitud de nuevo es reducido.
De ella se vuelve á Dios con oraciones
y de su estado abyecto condolido,
para sacarle de él, según sus preces,
suscita en su favor hábiles Jueces.

El bravo de *Otoniel* y *Aod*, guerreros,
y *Samgár* el intrépido, con brío
á su oprimido pueblo los primeros
libertan, derrocando el poderío
del enemigo Bando sus aceros.
Después del yugo de Jabín impío
por la valiente *Débora* inspirada,
La Grey queda con gloria rescatada.

Al campo de Madián de noche aterra
astuto *Gedeón* con sus soldados,
que de antorchas en cántaros de tierra
y de marciales trompas van armados.
Haciéndolas tañer en son de guerra,
de súbito los cántaros quebrados,
de *J Dios y Gedeón!*.. al alto acento,
se matan de Madián hombres sin cuento.

Los amonitas su campal batalla
por el esfuerzo de *Gepté* valiente,
que rompe osado su difícil valla,
pierden, copada su selecta gente.
El Triunfador, que en la ovación se halla,
recuerda el voto, que juró inconsciente,
y á su regreso la primera mira
la virgen de Galaad, que duelo inspira ³.

De nuevo el orgulloso Filisteo
con cadenas durísimas oprime
al Pueblo, envilecido en su deseo.
De la expiación entre los monstruos gime,
hasta que al cielo se confiesa reo
y en él su llanto de dolor imprime.
Sansón entonces, de heroísmo ejemplo,
libre le deja, desplomando un templo.

¹ Canaan era la tierra prometida por Dios á Abraham y su descendencia.

² El noble de Efraín, es decir, Josué, por ser oriundo de esta Tribu.

³ Dice la Santa Escritura, que todos los años se juntaban las doncellas de Galaad para llorar por espacio de cuatro días la virginidad de la hija de Jepté (Judic XI-40). Esta no fué inmolada por su Padre, sino consagrada á Dios, según la opinión más probable.

Heli, Juez de Israel, es venerable
por su piedad; pero se muestra blando
de sus hijos la vida censurable,
como debiera, activo no enfrenando.
La cólera del cielo formidable
de súbito sobre ellos estallando,
muertos los deja y á su pueblo humilla,
y Heli cae desnucado tras su silla.

Ultimo de los Jueces distinguidos
el *Profeta Samuel* en paz gobierna
de Jacob á los hijos escogidos
con celo santo de la Ley Eterna.
Luego del mando Judicial sentidos,
aunque los rige con bondad paterna;
demándanle importunos nuevas leyes
y, como en otros pueblos, quieren Reyes.

Elimelec, Noemi y Ruth figuran
al terminar el Judicial Gobierno
en los Sagrados Libros, cuando apuran
al Bethlehemita por designio eterno ¹
del hambre los efectos, que torturan
y languidecen su vigor interno.
El fiel, el justo Booz con Ruth se enlaza,
y de ellos surge de David la raza.

La voluntad de Dios Samuel explora,
y que acceda le manda sin reparo
del Pueblo á los deseos en buen hora.
Rey primero *Saúl* de un modo raro
es elegido, y con feliz aurora
el cetro empuña de Israel preclaro;
pero de gloria eclipsa sus blasones,
por no acatar de Dios las prohibiciones.

En el Trono á Saúl *David* sucede,
después que en duelo el mofador Gigante
hace que muerto por su brazo quede.
Del rey caído, á quien en un instante
quitar la vida sin peligro puede,
huye la envidia por Areth errante;
y cuando espira en Gelboé vencido,
su muerte llora con dolor sentido.

De paz al Pueblo del Señor dirige
el hijo de Isai por el sendero
con tanto acierto, que tributo exige
de pueblos muchos su invencible acero.
Después haciendo que en Salén se fije ²
la ilustre Corte de Israel entero;
peca en el ocio á que se entrega un día
y Dios castigo en Absalón le envía.

El mismo Dios á *Salomón* señala
por sucesor del Rey-Profeta Santo,
vate divino, que el Olimpo escala
con arpa de oro y sublimado canto ³,
cuando el suspiro postrimero exhala.
El joven rey, que le sucede en tanto,
saber pide al Señor: y la opulencia
le otorga Dios é incomparable ciencia.

(Concluirá.)

PENSAMIENTOS.

El trabajo es la escuela de la resignación.
Las palabras son la llave del corazón.
Quien habla mucho no carece de enemigos.
Todo ignorante es esclavo.
Tener envidia es confesarse inferior.
Bueno es amar la virtud, pero es mejor practicarla.

Choza de paja en donde se ría, vale más
que palacio donde se llora.

¹ Bethlehem. Bethlehemita, lo mismo que Efrata: el natural de Efrata ó Efrateo.

² *Salén*, lo mismo que Jerusalén.

³ David, Poeta rey, formado según el corazón de Dios, compuso los 150 Salmos, que canta la Iglesia en los oficios Divinos.